

PLUMAS AL VUELO



SINFONÍA DEL PENSAMIENTO

● JESSICA NIETO

Existe un sitio para la escritura. Un lugar concebido para su preservación y cuidado; para su estudio y su confrontación; para su memoria y su olvido. Ese lugar es la biblioteca.

Por supuesto que la escritura se encuentra en todas partes: en el decir, en el andar, por todos lados. Estamos sumergidos en su continuidad. Nuestras letras son parte de un abecedario que

se despliega desde hace miles y miles de años. Y no obstante la omnipresencia de la escritura, la biblioteca es el espacio creado específicamente para contenerla. Es su función: resguardar este gesto que nos distingue, estas formas y garabatos que, limitados y sencillos, comunican todo el pensamiento de la humanidad.

La biblioteca no la ha tenido fácil. Ha tenido que soportar persecuciones. Ha tenido que

guardar secretos. Ha tenido que aprender a reconstruirse de sus propias cenizas y tratar de no llorar por todas las letras consumidas por la ignorancia y el fanatismo. La biblioteca entendió muy pronto en su vida que su presencia en las ciudades, en las casas, en las escuelas, podía considerarse peligrosa o peor, innecesaria; que sus visitantes serían pocos, y que pasaría mucho tiempo simplemente con toda esa escritura apilada en sus pasillos.

La biblioteca persiste y sus muros, con el paso del tiempo y el avance de la tecnología, se convirtieron en tabletas, en dispositivos. La biblioteca se hizo portátil, aunque su función no ha variado. Sigue sosteniendo textos y más textos; ecuánime ante nuestro afán de trascendencia, recibe todo lo que tengamos que decir, o más bien, escribir, por mínimo que sea. Ya vendrá alguien a leerlo. Siempre hay alguien.

Porque al final, si escribimos es para ser leídos. La biblioteca,

LA ESCRITURA DEVIENE EN FLUJO DE CONCIENCIA; LA LECTURA SE DESDOBLA Y CADA PERSONA LA ESCUCHA CON SU VOZ.

además, alberga esa esperanza, o mejor debiera decir, la mantiene. Y quizás ahora, en estos tiempos en que las formas de la escritura han cambiado, en que los libros ya no son solo montones de hojas encuadradas que precisan de un espacio físico, sino que ahora son también archivos digitales; es decir, ahora que los libros son a la vez fijos y perdurables, pero también *siempre posibles*, esta esperanza sea lo que distinga a la biblioteca como el sitio de la escritura, sea manuscrita, impresa o virtual.

Pero lo que la biblioteca resguarda, por encima de todo, y que es equiparable con la esperanza, es el pensamiento. Hay una escena en *Las alas del deseo* (*Der Himmel über Berlin*, 1987), de Wim Wenders, donde los ángeles Damiel y Cassiel llegan a la Biblioteca Estatal de Berlín, un hermoso y espacioso

edificio de varios pisos con decenas de mesas de lectura y miles de libros. En este lugar se encuentran reunidos otros ángeles que custodian a los lectores, pero también prestan atención a sus lecturas. Los ángeles no leen lo escrito, sino que lo escuchan a través del pensamiento de los lectores. Y escuchan todos los pensamientos al unísono, como un murmullo. Esta escena se conoce como “la sinfonía del pensamiento”. Y es que es esto lo que resuena en el silencio de las bibliotecas, pero que no alcanzamos a percibir: la escritura deviene en flujo de conciencia; la lectura se desdobra y cada persona la *escucha con su voz*. La biblioteca, sea un edificio público o un cuarto en nuestra casa; sea un dispositivo que cargamos a donde vamos, no deja de ser este espacio donde la escritura, entendida como la memoria de toda la humanidad, entra en nosotros y resuena. Como una sinfonía.

La escena continúa. Los ángeles se pasean entre los lectores sin decir nada. Los acarician y acarician los libros, acarician las palabras. De cuando en cuando sonríen. Son la representación de la esperanza que habita en las bibliotecas, la que deambula sin ser vista mientras espera, sí, a que venga alguien. Porque alguien vendrá. Siempre sucede. ●

